

## FUNDACION DEL CRISTIANISMO.

### CONFERENCIA PRIMERA.

**E**L designio mas hermoso por su objeto, mas vasto por su extension, y mas asombroso por el éxito, es el que diez y ocho siglos hace concibió Jesus de fundar la religion cristiana en medio del paganismo, y renovar por ella la faz de la tierra.

He dicho el designio *mas hermoso por su objeto*, porque no se trataba de civilizar un pueblo bárbaro, y de someterle á leyes que reprimiendo la ferocidad de sus inclinaciones, no tocaran á la supersticion grosera y á los desórdenes vergonzosos que reinasen en él; sino de regenerar al hombre totalmente, de rectificar sus ideas acerca de la Divinidad, de atacar el mal en su origen reformando el corazon, de declarar la guerra á todos los errores igualmente

que á todos los vicios, y de crear un mundo nuevo en medio del mundo idólatra. El cristianismo debia ser una creacion moral que saliese del caos de la corrupcion mas profunda y mas universal.

He dicho tambien el designio *mas vasto por su extension*; porque aun cuando ya se habian visto en las edades precedentes legisladores, héroes y sabios que formasen planes de reforma y que los siguiesen con teson y habilidad, señalándose por su amor al bien de sus semejantes, sus planes solo se extendian á una ciudad ó á un solo pueblo, y mas de una vez fundaron la felicidad de su patria solo en la desgracia ajená; pero el de Jesucristo abraza al mundo entero; si principia evangelizando por sí mismo en la Judea, anuncia al mismo tiempo que por medio de sus enviados ilustrará á todas las naciones, echará por tierra el muro de division que las separaba, unirá por los vínculos de una misma creencia religiosa al judío y al gentil, al griego y al bárbaro, y extenderá entre todo el linage humano un espíritu de union y de benevolencia fraternal.

Dije últimamente el designio *mas asombroso por el éxito*; pues á la voz de los discípulos de Jesus abre los ojos á la luz el mundo romano,

reconoce sus grandes extravíos, y abandona la idolatría por el evangelio; se extienden mas allá de sus límites las conquistas pacíficas de Cristo, y se perpetuan de nacion en nacion y de siglo en siglo hasta nosotros.

Esto, señores no es mas que un simple bosquejo de Jesucristo considerado como fundador del cristianismo, pero bastante acaso para dar á conocer cuan superior es á cuanto puede presentar la antigüedad á nuestra admiracion. Esto hacia ya decir en el siglo II al famoso Clemente de Alejandría (1): „Los filósofos griegos solo tienen crédito entre sus compatriotas, „y aun entre estos no agradan á todos. Platon „se hizo discípulo de Sócrates, Genócrates de „Platon, Teofrasto de Aristóteles, y Cleanto de „Zenon. Estos filósofos no persuadieron mas „que á un cierto número de sus sectarios; pero „la palabra de nuestro maestro no ha quedado „ceñida á la Judea, como la filosofía á los límites de la Grecia: se ha extendido por toda la „tierra, tanto entre los bárbaros como entre los „griegos, ha llevado su persuasion á las naciones, á ciudades enteras y á las aldeas, y ha „atraido a la verdad á un gran número de los

(1) *Stromat.* lib. VI, cap. XVIII.

„que la han oido, y aun á muchos filósofos.”

Nada han olvidado los incrédulos para oscurecer la gloria que por su prodigioso establecimiento resulta al cristianismo, y por consiguiente á su autor, y creen haberlo explicado todo con las palabras *supersticion, credulidad, fanatismo*; palabras que á fuerza de aplicarse á todo se han hecho ya insignificantes, y recurso cómodo de los que, por no tener otro, toman el partido tan poco generoso de condenar á los cristianos sin oírlos.

Entre los que en estos últimos tiempos han intentado debilitar cuanto tiene de maravillosa la propagacion del evangelio en medio de las naciones paganas, se distingue un escritor ingles, cuyo mérito como escritor político no intento juzgar, pero á quien se puede acusar abiertamente de débil lógico é historiador infiel en todo lo que toca á la religion; anglicano primeramente, católico despues, y por último deista ó escéptico, se ha mostrado tan ligero é inconsiderado en sus juicios acerca de la antigüedad cristiana, como en su conducta: hablo del autor de la *Historia de la decadencia y de la caída del imperio romano*; enemigo tanto mas pérfido, cuanto mas de una vez oculta su odio bajo del velo del respeto, y entre los atractivos de una

erudicion asombrosa. Exagerar los medios naturales que tenia el cristianismo para su propagacion, disminuir la idea de los obstáculos que se oponian á su progreso, excitar dudas muy infundadas sobre la grandeza y extension de sus triunfos, no hallar en todo mas que *supersticion*, *ambicion é intriga*, y mezclar artificiosamente lo cierto con lo falso; tal es el plan del escritor que acabo de citar. El cristianismo de los tres primeros siglos es en sus escritos como un cuadro mirado á mala luz, la cual hace resaltar sus manchas y defectos al paso que deslucé las grandes y nobles figuras que forman su belleza. Procurarémos en dos discursos consecutivos presentar bajo de su verdadero punto de vista, la propagacion del Evangelio entre las naciones idólatras. Veamos primeramente cuan rápida ha sido, y comencemos haciendo conocer cuan admirable fué: este es el objeto de nuestra primera conferencia sobre esta materia.

La extraordinaria rapidez con que la religion cristiana se propagó en medio de las naciones idólatras, y principalmente en las provincias del imperio romano, es un hecho acreditado por los monumentos mas irrecusables de la antigüedad así sagrada como pagana. Ascendamos al

origen de la sociedad cristiana. En los últimos años de su vida mortal escoge Jesucristo un corto número de discípulos, que testigos primeramente de sus acciones y formados en su escuela, fuesen despues los propagadores de su doctrina, y no teme decirles: „Así como Dios me ha enviado, yo os envío: se me ha dado todo „poder; id pues, enseñad á todas las naciones (1).” Fieles á sus órdenes empiezan los apóstoles en la misma Judea su asombroso ministerio: en el primer dia de su predicacion en medio de Jerusalem abrazan tres mil hombres la religion de Jesucristo, y solo un discurso de San Pedro hace despues cinco mil prosélitos: muy pronto el odio de los sacerdotes y doctores de la ley hace comparecer á los apóstoles ante el tribunal de la nacion, y se les prohíbe predicar en nombre de Jesus; pero ellos responden: „Nosotros no podemos dejar de decir „lo que hemos visto y oído: discurrid vosotros „mismos si no es primero obedecer á Dios que „á los hombres (2).” Palabras sencillas y enérgicas que resonarán en todos los tiempos, y suscitarán por todas partes defensores magnáni-

(1) Math. XXVIII, 18, 19.

(2) Act. II, 41, IV, 4, 19, 20.

mos de la verdad, prontos á sacrificarlo todo por ella, hasta la vida misma.

Entre tanto la obstinada obcecacion del judío acelera la ilustracion del gentil: la persecucion dispersa á los apóstoles por entre las naciones infieles, y les lleva la luz del evangelio. A su voz despierta el mundo pagano, se conmueven las naciones, y principian á disiparse las tinieblas de la supersticion. Muy luego el oriente y el occidente, el Asia, el Egipto, la Grecia y la Italia reciben el evangelio. Antioquía, Efeso, Atenas, Corinto, Tesalónica, Alejandría y Roma, ven formarse en su seno adoradores de Dios en espíritu y verdad. Unos diez años despues de la muerte de su Maestro dirige San Pedro su primera epístola á los fieles esparcidos por el Ponto, por la Galilea, la Capadocia, el Asia y la Bitinia. San Juan funda y gobierna las iglesias del Asia menor. San Pablo escribe cartas á las que habia establecido en las ciudades mas famosas del imperio. Roma tambien oirá su voz, será aprisionada en ella, pero la palabra de Dios no será encadenada. Pedro, el príncipe del colegio apostólico, irá á Roma tambien, y en esta capital fijará su silla, la cual ocuparán despues sus sucesores durante el transcurso de todos los siglos. Desde ella, como centro del universo cris-

tiano, se derramará la luz evangélica; y por una série de conquistas muy diferentes de las de Scipion y Paulo Emilio, llegará Roma á ser la capital de un imperio espiritual, ilimitado y sin fin, y será verdaderamente la ciudad eterna.

Mueren los apóstoles, discípulos inmediatos de Jesucristo; pero no espira con ellos su celo: no saldrán de sus cenizas vengadores armados que exterminen á sus enemigos; pero sí tendrán herederos generosos de sus fatigas y de su vocacion sublime. ¡Cuántos testigos pudiera presentaros de sus conquistas prodigiosas! Citaré á Justino, á Ireneo, á Clemente de Alejandría, á Tertuliano, Arnobio, Eusebio y otros muchos mas, todos varones señalados por su saber y sus conocimientos. Algunos de ellos criados en el paganismo, y despues de haber cultivado la filosofia humana, abrazaron por último esta misma religion que habian mirado ántes con desprecio, y que veian extenderse por el universo con tanto esplendor y rapidez.

Como unos cincuenta años nada mas despues de la muerte del evangelista San Juan, escribia ya San Justino estas notables palabras en su diálogo con el judío Trifon, que conservamos (1). „Me valdré del testimonio de los dife-

(1) Diálog. cum Tryphone, n. 17.

„rentes pueblos de la tierra, griegos, bárbaros  
 „ó de cualquier otra raza de hombres, sean las  
 „que fueren sus denominaciones y costumbres;  
 „por atrasados que esten en el ejercicio de las  
 „artes y de la agricultura, bien vivan en tien-  
 „das de campaña, ó bien anden errantes por los  
 „bosques trasportando sus habitaciones en car-  
 „ros cubiertos, no existirá una nacion en donde  
 „no se hayan hecho peticiones en nombre de Je-  
 „cristo al Padre y al Criador de todas las cosas.”  
 Poco sirve repetir con algunos incrédulos que  
 en estas espresiones se echa de ver una exage-  
 racion pomposa, ó el arranque de un escritor  
 piadoso, pero inexacto, que mide por sus deseos  
 la extension de su creencia: esta reflexion tiene  
 mas malignidad que solidez. Los cristianos no  
 ignoran que en este pasage de San Justino hay  
 un modo de hablar hiperbólico, semejante á  
 otras espresiones muy sabidas, como, toda la  
 tierra enmudeció delante de Alejandro: Roma  
 se hizo señora del mundo; pero se sabe tambien  
 que esto último equivale á decir: Alejandro y  
 Roma dominaron regiones muy vastas del mun-  
 do; y siendo así, el discurso de San Justino equi-  
 valdrá tambien á decir que un siglo despues de  
 la muerte de Jesucristo habia penetrado el evan-  
 gelio en un gran número de regiones, unas ci-

vilizadas y otras bárbaras, que es lo que busca-  
 mos. Solo la incredulidad es capaz de intentar  
 oscurecer un hecho reconocido tan positivamen-  
 te por un autor contemporáneo, y cuyo testi-  
 monio se halla apoyado en el de otros muchos  
 no ménos irrecusables, como el de Clemente  
 de Alejandria, escritor del mismo siglo, que ya  
 he citado: mas adelante sabemos por Arnobio y  
 Eusebio (1) que en los tres primeros siglos de  
 la iglesia se habia extendido ya el evangelio mu-  
 cho mas allá de los dominios romanos, entre los  
 persas, los parthos, los scitas y otras muchas  
 naciones que no citan.

Hablando del imperio romano en particular,  
 me contentaré con el testimonio de Tertulia-  
 no (2). „Ayer nacimos, dice, y hoy llenamos to-  
 „do vuestro imperio, las ciudades, las islas, los  
 „castillos, las villas, las aldeas, los campamen-  
 „tos, las tribus, las decurias, los palacios, el se-  
 „nado, los tribunales; solamente os dejamos  
 „vuestros templos, y sin armas ni rebelion po-  
 „dríamos combatirlos, con solo separarnos de  
 „vosotros; pues si componiendo ya nosotros tan  
 „grande muchedumbre nos retirásemos á cual-

(1) Arnob. *Advers. Gent.* lib. II, cap. XII, Euseb. *D. monst. evangel.* lib. III, cap. V.

(2) Apolog. cap. XXXVII.

„quiera parte del mundo, se veria confundida „vuestra dominacion con la pérdida de tan gran „número de ciudadanos: su separacion sola se- „ria vuestro castigo, y os estremeceriais de la „soledad en que os dejaria este silencio general, „y del estupor en que vuestro universo queda- „ria como sumergido.” Quiero, señores, que Tertuliano tuviese un espíritu propenso á la declamacion: quiero tambien que en esto haya algo de exageracion oratoria; pero Tertuliano no era un insensato. ¿Y no hubiera sido una locura que en un escrito apologético presentado á las personas mas poderosas é ilustradas del imperio, hubiese afirmado acerca de la extension del cristianismo y del número de los que le profesaban, una cosa cuya falsedad hubiera sido evidentemente notoria á todo el mundo?

Veamos ademas como se explica el mismo escritor en otra ocasion hablando de esta materia. Mas de cien años ántes de Constantino, Scápula, gobernador de Africa, se manifestaba inclinado á la persecucion; y para disuadirle de ella le dirige Tertuliano un escrito, en que le pregunta de cuántas hachas y cuchillas necesaria para tantos miles de victimas de todos estados y dignidades como tendria que sacrificar: en él realza la inviolable fidelidad de los cristia-

nos, alegando que nunca habian abusado para rebelarse contra el imperio, ni de sus fuerzas ni de su número, y dice: „Formamos casi la mayor parte de los habitantes de cada ciudad:” *Pars penè major civitatis cujusque* (1).

Haré una reflexion convincente, y es que los antiguos apologistas de la religion se prevalian de la admirable propagacion de esta, fundándose en ella como en un hecho notorio, evidéntísimo y que nadie contradecia, para persuadir á sus enemigos que la religion tenia una fuerza enteramente divina, y la mas capaz de subyugar los entendimientos y de reformar los corazones.

Pero si á pesar de la conformidad de todos los monumentos eclesiásticos acerca de la rapidéz con que se propagó el cristianismo desde los primeros siglos, vacila todavia el incrédulo, sin saber él mismo por qué; tenemos aun, si quiere abrir sus ojos á la luz, otros medios de ilustrarle por los testimonios mas positivos de la antigüedad pagana. Podemos citarle á Tácito, el cual nos enseña, que desde el origen del cristianismo bajo del imperio de Neron, causó asombro en Roma el descubrimiento de la multitud de cristianos que allí habia, *multitudo in-*

[ (1) Ad Scapul. n. 2.

*gens* (1): podemos citarle á Plinio el menor, gobernador de Bitinia, quien como sesenta años despues de las primeras predicaciones de los apóstoles escribía al emperador Trajano, que el cristianismo era profesado por un número muy grande de personas de todas edades y condiciones. *Omnis ordinis* (2), y que de tal manera se habia extendido como un contagio, no solamente por las ciudades, sino tambien por las aldeas y los campos, que encontraba abandonados los templos de los dioses. Podemos citarle á Lampridio (3), escritor pagano de la vida de Alejandro Severo: este príncipe afecto á los cristianos, tuvo intencion de mandar construir un templo á Jesucristo, y le disuadieron de ello los sacerdotes de los falsos dioses, diciéndole que si llevaba adelante este proyecto, todo el mundo se haria cristiano y quedarian desiertos los demas templos. Tanta era la muchedumbre de paganos que acudían á la iglesia cristiana, y tanto el temor que, en vista de la prodigiosa multiplicacion de los cristianos, tenían los sacerdotes de los ídolos, de que se hiciese univer-

(1) Annal. Lib. XV. Cap. XLIV.

(2) Plin. Lib. X. *Epist.* XCVII.

(3) Lampridius, in *Alex. Sever.* Cap. XLIII.

sal el cristianismo! Podemos tambien citarle los edictos mismos de los emperadores. Eusebio, escritor contemporáneo, nos ha conservado dos edictos de Maximino II; el primero de persecucion, que dice Eusebio haber visto y leído en Tiro, grabado en una columna. En él se lamentaba el tirano de los males del imperio, que atribuía al pernicioso error de los cristianos, el cual introduciéndose en los entendimientos habia extendido sus tinieblas por casi todo el mundo, *Universum propè dixerim orbem terrarum confusione quádám opressit* (1). El segundo edicto es una carta de tolerancia, sugerida por la política, al principio de la cual expone Maximino que los emperadores Diocleciano y Maximiano se inclinaron á usar de crueldad contra el cristianismo, viendo que casi todos los hombres abandonaban el culto de los dioses para hacerse cristianos. *Omnes ferè homines relicto deorum cultu* (2). Ahora yo pregunto, ¿no prueban todos estos monumentos de la antigüedad, tanto pagana como cristiana, relativos á los tiempos anteriores á la conversion de Constantino, que aun ántes del reinado de este prínci-

(1) *Histor. Eccles.* Lib. IX Cap. VII.

(2) *Histor. Eccles.* Lib. IX Cap. IX.

pe, era ya muy grande el número de los cristianos en las diversas provincias del imperio romano? ¿Y en qué consiste que el escritor inglés, á quien particularmente me he propuesto refutar, no haya citado ni discutido los testimonios que acabo de referir? Si no tenia noticia de ellos, es un juez destituido de luces; y si sabiéndolos dejó de valerse de ellos, es un historiador falto de fidelidad: si hubiese tenido un poco mas de reflexion y de madurez, ¿se hubiera atrevido á decir que ántes de la conversion de Constantino no formaban los cristianos mas que la vigésima parte de los habitantes del imperio? Para fijar este cálculo se deja llevar de las conjeturas mas vagas y falsas, como voy á manifestarlo con ejemplos.

Nuestro historiador se inclina á creer que á la mitad del siglo tercero no bajaba de un millon de habitantes la poblacion de la ciudad de Roma; y fundado en la descripcion del clero romano de aquella época que se encuentra en una carta del papa San Cornelio, presume que no debia haber en dicha capital arriba de cincuenta mil cristianos, cuyo número componia la vigésima parte de su poblacion. Pero si hubiera leído toda la carta del papa á que se refiere, habria visto en ella que era inmensa y casi innu-

merable la muchedumbre de los cristianos; *immense et penè innumerabili populo* (1); estas son las mismas palabras de San Cornelio. Si, como se quiere, no habia á mediados del siglo tercero mas que una vigésima parte de cristianos en la poblacion total de Roma, seria necesario reconocer que cincuenta años despues, y en todo caso ántes de la conversion de Constantino, habia hecho el evangelio progresos verdaderamente prodigiosos, pues segun el testimonio formal de Eusebio, autor contemporáneo, para complacer el tirano Magencio al pueblo de Roma (2) tomó al principio las apariencias de cristiano.

Pero el principal argumento del escritor inglés es el siguiente. La célebre ciudad de Antioquia tenia, segun su juicio, á fines del siglo IV, quinientos mil habitantes, entre los cuales pretende, fundado en un pasage de San Juan Crisóstomo, que solamente se contaban cien mil cristianos, es decir, la quinta parte de la poblacion, y esto sin embargo, segun dice el mismo, de que en las grandes ciudades que desde el origen del cristianismo habian recibido el evangelio, debió hacer la religion mayores y mas fáciles progre-

[1] Euseb. *Hist. Eccles.* Lib. VI cap. XLIII.

[2] Euseb. *Hist. Eccles.* Lib. VIII. cap. XIV.



sos que en las otras ménos populosas, en las aldeas ó en los campos; por lo cual añade: el cálculo mas favorable que puede formarse por este ejemplo, no nos permite suponer que entre todos los súbditos del imperio hubiera mas de la vigésima parte alistada bajo de las banderas de la cruz, ántes de la importante conversión de Constantino.

Vamos, pues, á ver qué se debe pensar de todos estos cálculos. Yo no disputaré sobre la población de Antioquía, y aun creo deberos excusar la discusion del pasage de San Juan Crisóstomo en que se apoya nuestro incrédulo; pasage que tal vez no examinó bastante, ó cuyo verdadero sentido no entendió bien; pero vamos al punto decisivo: Juliano, llamado el apóstata por su conducta, vivió ántes de San Juan Crisóstomo y está demostrado que en tiempo de aquel emperador, no solo era ya cristiana una quinta parte de la ciudad de Antioquía, sino que lo era casi toda ella. Con efecto, la historia nos manifiesta que estando Juliano en Antioquía, se sorprendió é indignó de encontrarla opuesta al culto de los dioses de que quería ser restaurador, llevando especialmente muy á mal las burlas picantes que allí le hicieron de su gusto extravagante por la idolatría. El ocultó su resentimien-

tode bajo de la capa de la filosofia, y se vengó de aquella ciudad en una sátira que compuso con el título de *Misopongo*, la cual aun conservamos; y en la que dice, dirigiendo la palabra á sus habitantes: „Vosotros reverenciáis á Cristo en lugar de Apolo y de Júpiter: ya sé que he desagradado al mayor número de vosotros, ó por „mejor decir, á casi todos, al senado y á los ricos; porque habiendo la mayor parte del pueblo, ó aun todo el pueblo de la ciudad abjurado el culto de los dioses, lleva á mal que yo sea „fiel á él.” Y bien, señores, ¿á quién deberemos creer acerca del estado del cristianismo en Antioquía, á un escritor de nuestro tiempo que solo forma conjeturas y cálculos aventurados, ó á Juliano, testigo ocular y perfectamente instruido de lo que afirma? Por esto dice en su historia el sabio y juicioso Fleury. „Viendo Juliano que toda Antioquía era cristiana, la tomó aversion.”

No terminaré esta discusion sin haceros observar la discordancia de nuestros incrédulos en este punto. Muchos de ellos han pensado que no fué sincera la conversión de Constantino, sino que le convino por miras políticas declararse á favor del cristianismo para atraer á los cristianos á su partido. Pero si como pretende el escritor ingles eran aun paganas las diez

y nueve vigésimas partes del imperio, ¿qué política era entonces la suya? Sepamos, señores, desconfiar de esos escritores temerarios, que ponderando sus luces nos cubren de tinieblas; que no ostentan su grande independencia de opiniones sino para caer en lastimosos errores, y que solo se adornan con las exterioridades de una crítica ilustrada para tener la ridícula audacia de contradecir los hechos históricos mas bien averiguados. Pluquet en el sabio discurso que precede á su *Diccionario de las heregias*, se explica en estos términos: „Los cristianos „formaban la mayor parte del imperio.” Sin embargo, nosotros no fijarémos opinion sobre esta materia, limitándonos á afirmar que bajo del gobierno de los emperados paganos habia hecho la religion cristiana inmensos progresos en las diferentes regiones del imperio, sin hablar de los pueblos situados fuera de la dominacion romana, entre los cuales tambien se habia introducido.

Veamos ahora cuan asombrosa es su propagacion á los ojos de cualquier hombre imparcial y despreocupado.

No es difícil, consultando la historia, la experiencia y el corazon humano, descubrir los medios de que se han valido los personajes mas célebres que han figurado en la tierra para con-

seguir sus empresas. Hay resortes que dirigidos por manos hábiles obran poderosamente sobre la especie humana; se la subyuga por la fuerza, se la dirige por la política, se la seduce con la voz de libertad, se la atrae con el cebo de los placeres y bienes de la tierra, y se le deslumbra con el brillo del saber: estos son los medios humanos para el éxito favorable de cualquier empresa. Por ellos fundaron escuelas los filósofos antiguos; por ellos subyugaron los legisladores los entendimientos de los pueblos; por medio de ellos han sido vencidos por los conquistadores, y por ellos particularmente fundó Mahoma su religion y su imperio. Pero si ninguno de semejantes recursos hubiese contribuido al establecimiento y propagacion del cristianismo, ¿no habria fundamentos para pensar que intervino en esto algún influjo sobrenatural y divino?

Para mayor ilustracion de esta verdad voy á hacer una suposicion que acaso os sorprenderá, si es esta la primera vez que se presenta á vuestro entendimiento: para ella me atreveré á atribuir á Jesucristo palabras que jamas salieron de su sagrada boca: nadie ignora con qué amable familiaridad conversaba con los hombres, cómo respondia á sus preguntas, y cómo entraba en

una especie de diseusion con ellos sobre los títulos de su mision divina; por lo tanto si la suposicion que voy á aventurar hiciere resaltar mas su gloria y su poder, espero tendréis á bien perdonármela.

Transportándome con el pensamiento á los tiempos antiguos en que eran idólatras todas las naciones, supongo que Jesus al empezar á recorrer la Judea para anunciar su religion, se encuentra con un filósofo muy versado en todos esos conocimientos que el mundo aprecia, y tiene con él el siguiente diálogo:—¿Cuál es, pregunta el filósofo á Jesus, el designio que os proponéis recorriendo de ese modo las ciudades y villas de la Judea para enseñar á los pueblos una doctrina nueva?—Mi designio, responde Jesus, es reformar las costumbres de toda la tierra, mudar la religion de todos los pueblos, destruir el culto que tributan á los dioses, para adorar al único Dios verdadero; y por mas que os pame mi empresa, os aseguro que saldré con ella.—Sereis sin duda mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon, y mas hábil que todos los grandes ingenios que han ilustrado Roma y la Grecia.—No hago alarde de enseñar la sabiduría humana, ántes bien demostraré que es locura la ciencia de esos sábios

taa ponderados; y la reforma que ninguno de ellos se hubiera atrevido á intentar en una sola ciudad, ha de hacerse en todo el mundo por mí, ó por mis discípulos.

—Pero á lo ménos vuestros discípulos sobresaldrán de tal modo por su talento, por su crédito, por sus dignidades y riquezas, que deslumbrén el pórtico y el liceo, y puedan fácilmente arrastrar tras sí á la multitud.—Nada de eso, mis enviados serán al contrario, hombres ignorantes y pobres, sacados de la plebe y de entre la nacion judía, que sabeis está despreciada de todas las demas; y á pesar de esto he de triunfar por medio de ellos de los filósofos y de las potestades de la tierra, así como de la multitud, —Pero contareis á lo ménos con legiones mas invencibles que las de Alejandro y de César, y que lleven ante ellas el terror y el espanto, disponiendo de esta suerte á las naciones enteras á venir á echarse á vuestros piés.—Nada de eso entra en mi plan; mis enviados serán mansos como corderos, se dejarán degollar por sus enemigos y miraré como un crimen el que saquen la espada para establecer el reino de mi ley.—Entónces esperareis que los emperadores, el senado, los magistrados, los gobernadores de las provincias favorezcan vuestra empresa con

todo su poder.—Menos aun; todas las potestades se armarán contra mí; mis discípulos serán conducidos ante los tribunales; serán aborrecidos, perseguidos y condenados á muerte; y por el espacio de tres siglos se harán los mayores esfuerzos para ahogar en lagos de sangre mi religion y cuantos la profesen.

—¿Qué aliciente pues tendrá esa doctrina para atraerse toda la tierra?—Mi doctrina, replica Jesus, estribará en misterios incomprensibles. Su moral será mas pura que la que se ha enseñado hasta ahora: mis discípulos no dejarán de publicar que nací en un pesebre, que he pasado una vida pobre y llena de padecimientos, y podrán añadir que he espirado en una cruz, porque tal es la clase de suplicio en que he de morir. Todo esto será publicado resueltamente, todo será creído entre los hombres, y el que ahora os habla será algun dia adorado en toda la tierra.

—Es decir, responde al fin el filósofo en tono de compasion, que intentais ilustrar á los sabios por medio de los ignorantes, vencer á las potestades por medio de hombres débiles, atraer á la multitud, combatiendo sus vicios, tener discípulos prometiéndoles sufrimientos, desprecio, el oprobio y la muerte, destronar á todos los dioses del Olimpo para que os adoren á vos solo:

á vos, que segun decís debéis morir clavado en una cruz como un malhechor y el mas vil de los esclavos. Pues yo digo que es un proyecto loco, y que no tardará en ser objeto de la irrisión pública. Para conseguirle seria necesario refundir la naturaleza humana, y tan imposible es la reforma del mundo moral por los medios que me proponéis, como la del mundo material; y ántes creeria que podríais conmovier con una sola palabra toda la tierra, y hacer caer del firmamento el sol y las estrellas, que creer en el buen éxito de vuestra empresa.

Esto, señores, es lo que me figuro que hubie-  
ra pensado y dicho un filósofo á quien Jesus hubiese comunicado su designio de convertir el mundo pagano al cristianismo; y ciertamente que, consultando solo la razon humana, era tan imposible su buen resultado, que ningun sábio de la tierra hubiera dejado de pensar como nuestro filósofo. Ved, sin embargo, verificado puntualmente lo que era imposible en lo humano: la sabiduria de los hombres ha sido confundida, trastornadas todas las ideas ordinarias, y la locura de la cruz ha triunfado del universo; he aquí el inmortal monumento de la divinidad del cristianismo. Ahora entenderéis tambien aquellas singulares y memorables palabras de

un sabio escritor: „Señor, si adhiriéndome al cristianismo me engaño, vos mismo sois quien me engaña, pues está marcado con carácter, que solo vuestra mano ha podido imprimir en él: *Domine, si error est, à te decepti sumus.*”

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## INDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.



	Pág.
CULTO EN GENERAL.....	3
I. El hombre debe á la Divinidad un culto interior. Para conocer esta obligacion basta consultar:	
1.º Las primeras nociones de Dios y del hombre;.....	6
2.º Los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad.....	15
II. El hombre debe á la Divinidad un culto exterior y público. Esta obligacion se demuestra:	
1.º Por la experiencia;.....	19
2.º Por la razon;.....	20
3.º Por el sentimiento.....	25
PRINCIPIOS RELIGIOSOS, FUNDAMENTO DE LA MORAL Y DE LA SOCIEDAD.....	34
I. Fundamento de la moral; porque ellos solos pueden presentar al hombre	